

las intervenciones en las que Andalucía cobra un especial énfasis.

Por vez primera pues, vamos a tener en nuestras manos todo lo que en Madrid se ha dicho y se ha hecho para solucionar la problemática derivada en el logro de una autonomía plena que no pocos políticos de esta tierra, y con ellos muchos andaluces parecen haber olvidado. Debates, iniciativas parlamentarias, acuerdos, pactos, manifiestos, anteproyectos,... constituyen un universo de diferentes fuentes documentales por vez primera reunidas.

Entiendo que estas páginas nos empujan a los andaluces hacia nuestra historia futura, a hacerlo con una vocación defensora de nuestra singularidad y de nuestro autogobierno. No somos ni mejores ni peores sencillamente diferentes en un mundo cada vez más globalizado, y como consecuencia de ello, más homogéneo. Donde la necesaria interrelación entre los pueblos del mundo, no debe significar renuncia alguna a lo que somos, en beneficio de un cierto modo de vida o de producción que no creo sea, más humano, solidario, ecológico y creativo.

De la misma forma que durante el siglo XIX el federalismo significó un definitivo impulso en la aparición en diversos territorios del Estado del regionalismo primero y, más tarde, nacionalismo; nos queda ahora comprobar hasta qué punto la globalización homogeneizante podría significar un nuevo reimpulso al fenómeno nacionalista como motor de causas políticas y culturales. Especialmente si nos referimos al caso andaluz por cuando la dimensión histórica de su nacionalismo humanista incluyente sigue constituyendo una excepción y un reto que se resiste a desaparecer.

**Irujo, José María, *La lista negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia*. Madrid, Aguilar, 2003, 2ª ed., 254 pp.**

Por Julio Pérez Serrano  
(Universidad de Cádiz)

Las estrechas relaciones que la dictadura de Franco mantuvo con el nazifascismo trascendieron, pese al giro que gradualmente se fue imponiendo en el ámbito diplomático, al final de la Segunda Guerra Mundial. Los pragmáticos estrategas de la España franquista no dudaron, ciertamente, a la hora de dar marcha

atrás en su cada vez mayor implicación en el esfuerzo bélico de Alemania, una vez que, desde mediados de 1942, se fue haciendo evidente el cambio de signo de la contienda. El cese de Serrano Súñer, el más destacado germanófilo de los dirigentes falangistas, en septiembre, y el nombramiento del conde de Jordana como nuevo ministro de Asuntos Exteriores, no pueden ser interpretados de otra forma sino como gestos para facilitar el acercamiento a los aliados. La proclamación oficial de la "neutralidad" hispana el 3 de octubre de 1943, que se tradujo en el inmediato retorno -en diciembre- de la División Azul, enviada a Rusia dos años antes para apoyar a Alemania en su "Cruzada contra el comunismo", supone ya el reconocimiento palmario por parte de las autoridades franquistas de que la guerra acabaría decantándose del lado anglo- norteamericano.

Todo lo que vino después es bien conocido. Las garantías de supervivencia ofrecidas por Roosevelt al régimen en 1942, tras el desembarco de Casablanca, acabaron materializándose en las Conferencias de San Francisco y Potsdam, en el verano de 1945, cuando los aliados se limitaron a condenar la dictadura franquista y rechazar momentáneamente su ingreso en la ONU, sin adoptar medida efectiva alguna para restaurar la democracia en España. La cuarentena que hubo de soportar el régimen -un aislamiento que, en forma de autarquía y racionamiento, acabó recayendo sobre las espaldas del pueblo-, comenzó a levantarse en noviembre de 1950, con el retorno del embajador norteamericano a Madrid y la negociación con el Vaticano para la firma de un nuevo Concordato, suscrito en efecto el 27 de agosto de 1953. Un mes después, el 26 de septiembre, se hacían públicos los pactos con los EEUU que permitían la instalación de bases militares en territorio español. En lógica consecuencia, en 1955 el régimen de Franco lograba el ingreso en la ONU y, con ello, su pleno reconocimiento internacional.

Diez años después de la derrota de Alemania, España se contaba de nuevo entre los aliados de la potencia hegemónica, sólo que ahora se trataba de los EEUU. Los propagandistas del sector anglófilo del régimen pretendieron hacer suyo este supuesto éxito diplomático, afirmando que sus medidas habían logrado dar un giro de 180° a la política exterior española. Sin embargo, en abierta contradicción con esto, los falangistas recordaban que España no había

modificado un ápice sus posiciones y que eran otros los que ahora se sumaban a la "Cruzada contra el comunismo", iniciada por España en el verano de 1936. Ciertamente, la guerra de Corea había favorecido la incorporación del régimen de Franco al emergente bloque occidental, un conglomerado muy heterogéneo de países que de un modo u otro hacían suyos, en las nuevas condiciones de la Guerra Fría, aspectos esenciales del discurso anticomunista utilizado por la derecha reaccionaria española durante la Guerra Civil.

La iniciativa de Franco, propuesta en 1943 al embajador británico, para la firma de un armisticio entre Alemania y los aliados de cara a luchar juntos contra la Unión Soviética, entonces inaceptable para ambos contendientes, había terminado, paradójica de la Historia, imponiéndose por la dinámica de los acontecimientos. Desde 1955, los EEUU y la RFA, proclamada en una polémica sentencia del Tribunal Constitucional alemán heredera legítima del III Reich<sup>1</sup>, habían pasado a ser aliados en el seno de la OTAN. España no lograría el estatuto de miembro de este selecto club hasta 1982, aunque desde la firma de los acuerdos bilaterales con los EEUU formaba parte ya, de hecho, del bloque occidental. Se revela así el régimen de Franco no como una oscura reminiscencia del pasado totalitario de Europa, sino como un preclaro precursor del modelo que iba a imponerse en el área de influencia norteamericana a partir de 1950: dictaduras ferozmente anticomunistas, apoyadas de forma tácita o explícita por Washington, como las que tomaron cuerpo en Grecia, Chile, Argentina, Uruguay, Filipinas, Indonesia y tantos otros países del llamado "mundo libre" en los años de la Guerra Fría.

La falta de respuesta al requerimiento hecho por los aliados en 1947 para que Franco entregara a 104 alemanes residentes en España, acusados de trabajar para los servicios de inteligencia de la Alemania nazi puede y debe interpretarse en esta clave. Y lo mismo cabe decir de la propia demanda aliada, que muy pronto perdió fuerza ante la prioridad de combatir, movilizandolos todos los recursos materiales y humanos disponibles, la influencia de la Unión Soviética a escala planetaria.

El libro de José María Irujo, que narra las peripecias vividas por los agentes contenidos en esta lista, en el contexto de la España nacional-católica de mediados de los cuarenta, es un

excelente retrato de estas intrigas. En efecto, el autor ha logrado reconstruir los itinerarios vitales de algunos de los más destacados espías alemanes identificados en la lista remitida al gobierno español. Sus biografías, antes y después de 1945, manifiestan a las claras que, como eficaces colaboradores, contaron en todo momento con la protección activa del régimen de Franco. Irujo demuestra asimismo cómo - encubiertos por la administración- sectores de la Iglesia católica y grupos de falangistas trabajaron denodadamente para esconder a los prófugos y, en caso necesario, facilitar su fuga, casi siempre al Cono Sur americano, donde contaban con la indulgencia del gobierno de Juan Domingo Perón.

Tomando como base la "lista negra" que da título al libro, dada a conocer por el diario El País en 1997, el autor va trenzando una amplia variedad de testimonios y documentos que permiten llegar a una conclusión inapelable: ni uno sólo de los agentes alemanes llegó a ser entregado. Algunos se refugiaron durante algún tiempo en España y finalmente cruzaron el Atlántico hacia Sudamérica; la mayor parte permaneció en nuestro país, con una nueva identidad o haciendo un uso discreto de la propia, amparados unos por la adopción de la nacionalidad española y otros por sus estrechos vínculos con las autoridades locales. En algunos casos se les permitió incluso continuar manifestando sus posiciones políticas, en connivencia primero con los sectores ultras del régimen y, después de la muerte de Franco, alentando la acción de grupos neonazis como el Círculo de Amigos de Europa (CEDADE).

El informe elaborado en 1948 por el entonces subsecretario de Economía Exterior y Comercio, Emilio de Navasqués, para el ministro de Exteriores Alberto Martín Artajo, había en efecto reducido a 26 el número de quienes eran reconocidos como "agentes profesionales del servicio de espionaje alemán". En cuanto al resto, en unos casos el informe consideraba no probada su vinculación con la inteligencia nazi y en otros apelaba al interés nacional para rechazar el requerimiento. Conocido este informe, las autoridades y los poderes fácticos del régimen se movilizaron a fin de evitar la entrega de los veintiséis espías profesionales, lo que supuso el blindaje para buena parte de ellos. Sólo algunos se vieron en la tesitura de tener que esconderse, contando siempre con la complicidad de la policía franquista, o de

abandonar el país por alguno de sus puertos utilizando pasaporte falso.

El libro de Irujo está plagado de curiosas anécdotas, como la de Reinhard Spitzzy, el excapitán de las SS que estuvo diez años trabajando para la Coca-Cola en el corazón de la selva argentina, para finalmente recuperar una posición preeminente en Austria a partir de 1957. O el caso del judío turco Hans J. Lazar, activo propagandista de Hitler en España, que logró escapar a la deportación, fue adorado por las señoras de la burguesía madrileña y acabó suicidándose en el tren que cubría la línea Viena-Ankara en 1961, no sin antes haber recuperado su influencia en la RFA con artículos anticomunistas y favorables a Franco. Más prosaica fue la vida de quienes optaron por envejecer y morir en el anonimato de los núcleos turísticos del litoral español. Así, confundido con los muchos jubilados alemanes y austriacos que pronto comenzaron a llegar a nuestro país, uno de los criminales de guerra más buscados, Antton Galler, excomandante de las SS, residió apaciblemente en Denia hasta su muerte en la década de los noventa. También el jefe de seguridad de Hitler, Otto Remer, exteniente general de las SS, residió en España hasta su muerte, a finales de los noventa, en Marbella, aunque en este caso, sin renunciar a defender públicamente las posiciones revisionistas que niegan la existencia del holocausto y promoviendo la actividad de grupos neonazis en España.

En definitiva, un sin fin de trayectorias más o menos truculentas que se entrelazan en el complejo entramado de nuestra Historia reciente. El libro de Irujo es un libro sobre la diáspora de los nazis, pero también sobre la incuestionable responsabilidad de la España de Franco, que les dio asilo, protección y el apoyo necesario para que lograran eludir a la justicia. En sus páginas quedan fielmente reflejados los intereses económicos, las complicidades políticas y las presiones eclesiásticas que coadyuvaron a ello. La nueva coyuntura internacional jugó también a favor de unos personajes que, aunque nunca rehabilitados, comenzaban ya a ser tenidos en cuenta como potenciales colaboradores por los gobernantes del bloque occidental. Su papel como asesores en la represión, ejecutando incluso labores operativas, durante el proceso militar argentino o la dictadura pinochetista, aporta una trágica prueba de los vínculos profundos que han unido a todos los promotores de la "Cruzada contra el

comunismo", sea en el Munich de entreguerras, en el palacio del Pardo o en la trastienda de la Secretaría de Estado norteamericana.

No estamos ante un libro escrito por un historiador profesional, pero el rigor y la coherencia con que todo esto aparece relatado en este libro -un texto trepidante y sin concesiones- confirma la idea de que ha sido escrito por un periodista serio que conoce muy bien su oficio. Recordemos que José María Irujo fue quien puso sobre el tapete el llamado "caso Roldán"<sup>2</sup>, uno de los escándalos que precedieron a la derrota socialista en 1996. Ahora su investigación nos traslada a otras cloacas, igualmente infectas: las que aseguraron la pervivencia del nazismo después de la derrota militar del III Reich. Cabe a nuestro país el dudoso honor, compartido con las dictaduras sudamericanas de los setenta, de haber dado cobijo hasta su muerte a un buen número de exdirigentes nazis, algunos de ellos acusados de graves crímenes de guerra. Y no sólo durante el periodo de vigencia de la dictadura, lo que hasta cierto punto pudiera resultar comprensible a la luz de todo lo que ya se ha dicho, sino también después de la muerte de Franco. En un país que ha sufrido durante varias décadas los rigores de una dictadura, es triste comprobar que la justicia rechaza reiteradamente peticiones de extradición cursadas por países democráticos de nuestro entorno, alegando cuestiones de procedimiento o nacionalidad<sup>3</sup>. Pese a lo mucho que sin duda hemos avanzado en estos últimos veinticinco años, parece claro que las secuelas e inercias de la dictadura tardarán todavía mucho tiempo en desaparecer.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Cf. García Cotarelo, R., "La República Federal de Alemania", en Lucas Murillo, P. (ed.), *Sistemas políticos contemporáneos*. Barcelona, 1984, 200; también en Pérez Serrano, J., "De la guerra de las Galaxias a la diplomacia del marco. Elementos para una nueva geopolítica europea". *Trivium*. Anuario de Estudios Humanísticos, 8 (1996), 144.

<sup>2</sup> Irujo, J., *Roldán, botín a la sombra del tricorno*. Madrid, 1995.

<sup>3</sup> El caso de Hauke Bert Pattist Joustra, condenado a cadena perpetua por crímenes de guerra y torturas cometidos en Holanda en 1944, es una prueba palmaria. La Audiencia Nacional rechazó sendas peticiones de extradición tramitadas por Holanda. Pattist, que había adquirido la nacionalidad española en 1966, murió en Langreo en marzo de 2001, a los 80 años.